

La señora Fønss

Jens Peter Jacobsen

Traducción de Juan Viñoly

En el delicioso parque que se extiende tras el antiguo palacio de los Papas de Aviñón, hay un banco desde el cual se domina un amplio panorama que abarca el Ródano, las floridas riberas del Durance, llanos, colinas y una parte de la ciudad.

En dicho banco estaban sentadas, una tarde de octubre, dos damas danesas: la viuda señora Fønss y su hija Elinor.

Aunque habían llegado hacía un par de días y el paisaje les era bien conocido, no se movían, sin embargo, de aquel lugar y seguían maravilladas de que la Provenza ofreciera tal aspecto.

¡Que aquello realmente fuera la Provenza! Un río cenagoso con arenales llenos también de limo y riberas interminables de grises guijarros; campos de color pardo macilento sin una brizna de hierba, laderas y collados del mismo color, caminos blancos de polvo y grupos de árboles negros en la proximidad de blancas casas, árboles y arbustos de un negro impenetrable. Cobijándolo todo, un cielo blanquísimo de luz centelleante que hacía el conjunto más descolorido aún, más enjuto y de una claridad más fatigosa; ni un destello siquiera de tonalidades frescas y saturadas, únicamente colores límpidos, pobres, desmirriados por el sol; ni el más leve rumor en el aire, ni el rasgar sibilante de una guadaña entre la hierba, ni un solo carro chirriando por los caminos; allá abajo, la ciudad se diría construida de silencio por ambos lados, con las calles bajo

la quietud del mediodía y las casas impenetrables, mudas, con los postigos y persianas cerradas, insensibles casas que no podían oír ni ver.

Para esta monotonía sin vida la señora Fønss tenía solo una sonrisa resignada, pero a Elinor la ponía visiblemente nerviosa; no era el suyo un nerviosismo vivo y sin sosiego, sino más bien quejoso y apagado, como puede sentirse después de prolongados días de lluvia, cuando nuestros pensamientos melancólicos se precipitan al compás de aquélla, o ante el tictac idiotizado y consolador de un reloj de pared, en aquellas horas en que uno se siente irremediablemente hastiado de sí mismo, o al fijar la mirada en las flores del tapiz, cuando la cadena de raídos sueños devana por la mente contra nuestra voluntad, atándose, rompiéndose y juntándose de nuevo en un sofocante vértigo sin fin. En aquel día, Elinor se había conjurado con recuerdos de una esperanza destruida, recuerdos de dulces, amables sueños que al presente resultaban intolerables hasta un grado morboso, y cuyo recuerdo la ruborizaba de sonrojo, pero que, a pesar de todo, no podía nunca olvidar. Y, no obstante, nada tenían que ver con el paisaje que la rodeaba; el golpe la había alcanzado muy lejos de allí, en la tierra natal, bajo arbustos de verde luz, a la vera del Sund, brillante y azul. Sin embargo, todas las lomas de pálido color pardo parecían musitar el secreto, y guardarlo celosamente las casas de verdes persianas herméticamente cerradas.

Aquello que la había herido era el dolor que a menudo desgarraba los jóvenes corazones; había amado a un hombre y creyó que este amor era correspondido; un día, empero, la abandonó repentinamente para casarse con otra; ¿cuál fue la causa?, ¿con qué objeto?, ¿qué mal le había hecho ella?, ¿aunque en algo había cambiado, no seguía con todo siendo la misma? Sin cesar se repetía en su interior las eternas preguntas. De

todo ello no dijo una sola palabra a su madre, pero ésta lo había comprendido todo hasta en sus más íntimos detalles y llenóse de inquietud por su hija. Elinor hubiera podido desahogar su pena en el regazo del solícito cuidado que todo lo sabía y que nada necesitaba saber; su madre comprendió también el silencio en que Elinor se encerraba y, poco después, emprendieron el viaje.

Este no tenía otro objeto sino que Elinor pudiese olvidar.

Cuando la señora Fønss miraba el rostro de su hija, no le era preciso violentarla para saber dónde sus pensamientos discurrían. Con solo fijarse en la pequeña y nerviosa mano que yacía en un gesto de impotente desesperación sobre los travesaños del banco, para cambiar de sitio a cada momento como un enfermo en estado febril que se revuelve a un lado y a otro en su ardoroso lecho; con solo percibir este desasosiego, sabía al punto cuán hastiados de la vida miraban ante sí los tiernos ojos, cuán atormentado se estremecía en todas sus líneas el fino rostro, cuán pálido era en su dolor y de qué manera tan convulsa se henchían las venas azuladas bajo la delicada piel de las sienes.

¡Sufría tanto por su hijita y deseaba con tan vivo ardor atraerla a su seno para exhalar en su oído todas las palabras de consuelo que podía imaginar! Creía, sin embargo, que existen dolores cuyo destino es morir en secreto, cuya confesión no es posible ni siquiera una vez, entre madre e hija, para evitar que un día, cuando sonrén de nuevo promesas y venturas, sean las palabras de la confidencia como obstáculo que se interfiera en las conversaciones nacidas al abrigo de la esperanza, para evitar que se vuelvan entonces lastre enojoso y carga que esclaviza, porque aquel que las pronunció las oye musitar en el alma del otro y se imagina que desde la mente de éste le miran de hito en hito con torcida y desencajada expresión.

Por otra parte, la señora Fønss temía que su hija se avergonzara al sentirse aliviada por la confidencia y no quería en modo alguno que Elinor hubiera de ruborizarse ante ella; por mucho que hubiese podido aliviarla, desechaba el pensamiento de llevar a su hija esta ayuda por la humillación que supone descubrir a la mirada ajena los repliegues más íntimos y secretos de nuestra alma. Al contrario, cuanto más difícil se hacía para las dos soportar el silencio, tanto más sentía la señora Fønss, en medio de su pena, la satisfacción de hallar en su hija, mantenida con entereza, aquella distinción de alma que a sí misma le era propia.

En otro tiempo, hacía muchos, muchos años, cuando ella contaba, como Elinor, solo dieciocho, había amado con todo el alma y con todos los sentidos, con todas las esperanzas de la vida y con todos sus pensamientos; sin embargo, no había debido ser, no pudo ser. Él no le había pedido más que su fidelidad, la cual hubiera tenido que ponerse a prueba en un noviazgo de duración indefinida. Pero circunstancias de su hogar impedían prolongar la espera. Tomó pues al hombre que le habían escogido, el que podía llevar el orden a tales circunstancias. Se casaron, vinieron después los niños, Tage, el hijo, que les había acompañado en el viaje y Elinor que estaba a su lado. En realidad, había sido mucho mejor que si hubiera podido esperar; su vida fue, no solo mucho más clara, sino también más fácil. Ocho años después de la boda murió el esposo y le lloró con lágrimas sinceras, pues había aprendido a cobrar cariño hacia aquel hombre noble y libre de pasiones que con celoso y egoísta amor abrazaba de una manera casi morbosa cuanto a ella pertenecía por parentesco y que nada le interesaba del mundo ajeno a su familia a no ser la opinión que tuviera respecto al suyo.

Después de la muerte de su esposo, la señora Fønss vivió en primer término para sus hijos, pero no se había retraído con ellos por completo

sino que seguía participando en la vida de la sociedad, como era natural hiciese una viuda tan joven y acomodada como ella. Su hijo tenía a la sazón veintiún años y ella frisaba en los cuarenta. Pero su belleza no había disminuido con la edad; en su abundante cabello de color rubio apagado no aparecía una sola cana; ni la más leve arruga se dibujaba entorno a sus grandes ojos de mirar sincero; su figura se erguía esbelta en su plenitud de formas llenas de imperio. Las finas y vigorosas líneas de su rostro cobraron más relieve con la tez algo oscura y viva que les había conferido el curso de los años, pero había tal dulzura en la sonrisa de sus labios osadamente modelados y una juventud tan llena de exigencias en el tierno fulgor de sus ojos brillantes como gotas de rocío, que por todo ello el conjunto de su rostro se hacía suave y dulce. A todo esto hay que añadir la grave y plena redondez de las mejillas y el enérgico mentón de la mujer madura.

“Estoy segura de que por allí viene Tage”, dijo de pronto la señora Fønss a su hija, al percibir alegres risas y una exclamación danesa al otro lado del tupido seto de ojaranzos.

Al oírlo, Elinor volvió en sí.

En efecto, allí estaban Tage y Kastager, el poderoso comerciante Kastager, de Copenhague, con su hermana y su hija; la señora Kastager se había puesto enferma y guardaba cama en el hotel.

La señora Fønss y Elinor hicieron sitio a las damas y los hombres, en pie, intentaron un momento entablar conversación con ellas; pero bien pronto se dejaron seducir por la baja pared de granito que circuía el mirador. En este lugar sentáronse todos luego y hablaron lo indispensable, pues los recién llegados sentían el cansancio que les dejara una pequeña excursión en tren por la Provenza florida de rosas.

—¡Eh!—gritó de súbito Tage, golpeando con la palma de su mano el pantalón de claro color—. ¡Mirad...!

Todos aguzaron la vista.

A lo lejos, en el fondo del paisaje, se divisaba una nube de polvo, sobre la misma un lienzo de polvo y entre ambas se distinguía un caballo.

—Es el inglés, llegado hace poco, de que os hablé—dijo Tage a su madre—. ¿Ha visto usted a alguien cabalgar de ese modo?—prosiguió, pero vuelto a Kastager—. Me recuerda los gauchos.

—¿Mazeppa?—interrogó Kastager.

El jinete desapareció.

Levantáronse luego y se pusieron en camino hacia el hotel.

La señora Fønss y sus hijos habían topado en Belfort con la familia Kastager y como ambas seguían el mismo itinerario por el sur de Francia y a lo largo de la Riviera, por el momento viajaron juntos. Aquí, en Aviñón, se habían detenido los Kastager porque a la señora le aquejaban varices, los Fønss porque era manifiesto que Elinor necesitaba reposo. A Tage le encantaba poder convivir de ese modo con ellos, pues día tras día se enamoraba más perdidamente de la linda Ida Kastager. Lo que, sin embargo, no agradaba mucho a la señora Fønss, pues aun cuando su hijo, por la edad que tenía, podía considerarse muy seguro y juicioso, no por eso había de tener ninguna prisa por casarse; y, además, no había razón alguna para que fuera la escogida una hija de este Kastager; no cabe duda que Ida era una niña deliciosa y la señora una muy culta dama de excelente familia; el mismo traficante, no solo era un hombre de valer, sino también rico y honrado; pero tenía un no sé qué de ridículo que hacía sonreír o guiñar los ojos a la gente cuando se pronunciaba su nombre. El señor Kastager era tan fogoso y se

desbordaba su entusiasmo tan fácilmente, tenía un corazón tan abierto y era tan ruidoso y comunicativo que, justamente por ello, provocaba la ironía en los otros, ya que en nuestros días nada requiere como el entusiasmo una mayor discreción. La señora Fønss no podía pensar sin un profundo desagrado en que la gente pronunciara el nombre del suegro de su hijo con un guiño en los ojos o una sonrisa burlona en los labios; por ello mantenía hacia la familia Kastager una actitud algo fría, con gran pesar del enamorado Tage.

* * *

En la tarde del siguiente día, Tage y su madre habían salido con el propósito de visitar el pequeño museo de la ciudad. Hallaron abierta la puerta principal, pero cerradas las de las salas. Las llamadas que dieron resultaron infructuosas. La puerta principal daba acceso a un patio de no muy grandes dimensiones, circuido por arcadas que a la sazón aparecían recién pintadas de blanco y cuyas columnas, bajas y rechonchas, se sostenían una a otra mediante negros vástagos de hierro.

Dieron la vuelta y examinaron los objetos colocados a lo largo de las paredes: sepulcros romanos, fragmentos de sarcófagos, una estatua vestida, sin cabeza, dos vértebras dorsales de ballena y finalmente una sarta de detalles arquitectónicos.

Todas estas curiosidades mostraban huellas recientes de la brocha para enfalbegar de los moros.

Ahora se encontraban de nuevo en el punto de donde habían salido.

Tage subió las escaleras para ver si había gente en alguna parte del edificio y entre tanto, la señora Fønss dedicóse a pasear arriba y abajo por el corredor de arcadas.

Al dirigirse otra vez hacia la puerta, en el fondo del corredor y frente a ella, distinguió un hombre con barba entera y cuyo rostro aparecía tostado por el sol. Llevaba en la mano una guía de viaje, escuchaba detrás de sí, mas luego miró hacia delante y la vio.

La señora Fønss hubo de recordar en el mismo instante al inglés de la víspera.

—Perdone usted, señora—interpeló en tono de pregunta a la vez que saludaba.

—Soy también extranjera—replicó la señora Fønss—, al parecer no hay nadie en la casa, pero mi hijo ha subido para cerciorarse de si...

Tales palabras fueron cambiadas en francés.

En aquel momento regresó Tage y dijo: —He dado la vuelta por toda la casa, he estado en la misma vivienda, pero no hallé ni un gato por azar.

—Según veo—dijo entonces el inglés, pero esta vez en lengua danesa—, tengo el placer de hallarme entre compatriotas.

Saludó y retiróse un par de pasos como queriendo significar que comprendía cuanto ellos dijeran; pero enseguida se adelantó de nuevo con expresión conmovida y tensa en el rostro y acercándoseles más que antes, dijo: —¿Sería posible que usted y yo, señora, fuéramos antiguos conocidos?

—¿Es usted Emil Thorbrøgger?—exclamó la señora Fønss, y tendió su mano al extranjero.

Este estrechó la mano que se le ofrecía y contestó regocijado: —¡Y usted es la misma de verdad!

Mientras la contemplaba se le humedecieron los ojos.

La señora Fønss presentóle a Tage como a su hijo.

Tage no había oído hablar en su vida de ese Thorbrøgger, pero no pensaba en esto, sino tan solo en que el gaucho había resultado en definitiva ser danés; como en esto se produjo un silencio y alguien debía romperlo, Tage no pudo contenerse y exclamó: —¡Y pensar que yo dije ayer tarde que me parecía usted un gaucho!

—Sin embargo, no era tan desatinada su conjetura—replicó Thorbrøgger—; he vivido por espacio de veintiún años en las praderas de La Plata y durante este tiempo más seguro me encontraba sobre los lomos de un caballo que a pie.

¿Y ahora había regresado para quedarse en Europa?

¡Oh, sí!, ha vendido sus posesiones y rebaños y quiere volver los ojos hacia el Viejo Continente que, al fin y al cabo, es su patria; pero ha de confesar, para vergüenza suya, que con frecuencia encuentra muy aburrido viajar de este modo, solo por placer.

¿Siente quizá nostalgia de las praderas?

No, él no ha sentido nunca añoranza de los lugares o países donde estuvo; probablemente lo que nota a faltar es el trabajo cotidiano.

Así hablaron durante un rato. Finalmente, vino el celador del museo, acalorado y sin aliento, llevando bajo los brazos cogollos de lechuga y en la mano un racimo de tomates rojos como el fuego. Entonces pudieron entrar en el recinto donde se guarda la pequeña colección de pinturas, pero la señora Fønss y Thorbrøgger recibieron solo vagas impresiones de las amarillentas nubes tempestuosas y de las aguas negras y brillantes del viejo Bernet, mientras iban trabando conocimiento con sus respectivas vidas y destinos durante el curso de los años transcurridos desde su separación.

Pues era Thorbrøgger aquel a quien ella había amado cuando hubo de casarse con otro; y en el curso de los siguientes días, en los que muchas veces estaban juntos y con frecuencia solos también, pues los otros los dejaban pensando que tan viejos amigos debían de tener mucho que decirse, en esos días notaron enseguida que sus corazones, por mucho que hubieran podido cambiar en el correr de los tiempos, no habían olvidado.

Él fue quizá el primero en darse cuenta, pues de pronto sintió en su alma la inseguridad de la juventud, su sentimentalismo y sus elegíacas añoranzas, y todo eso le hacía sufrir; con el hombre maduro pugnaba el temor de verse despojado de la paz interior, de la propia seguridad paulatinamente conseguida, y deseaba otro cuño para su amor, quería ser consciente del mismo y someterlo a su albedrío.

Ella, en cambio, no se sentía con esta nueva juventud, pero parecíale como si brotara en su alma una fuente de lágrimas artificiosamente cegada y empezara a manar de nuevo. ¡Era tan dichoso y aliviador este llanto! Sentíase más rica por esas lágrimas, como si se hubiera hecho mejor y todo para ella cobrara un valor desconocido hasta entonces: en el fondo, por tanto, un sentimiento de juventud.

En una de las tardes siguientes la señora Fønss se había quedado sola en casa; Elinor acostóse temprano y Tage estaba en el teatro con los Kastager. Sentada en el tedioso cuarto del Hotel, sumido en la suave penumbra que producía el resplandor de un par de bujías, había pasado largo rato ensoñada hasta que los sueños, por su monótona repetición, volviéronse rancios, y poco a poco la venció una cierta fatiga, aquella suave y sonriente fatiga que nos invade cuando los felices pensamientos están a punto de adormecerse en el alma.

Pero no era posible pasar la tarde entera con la mirada absorta, sin tener a mano siquiera un libro; por otra parte, faltaba aún más de hora y media para la salida de los teatros. No sabiendo qué hacer, empezó a pasear de un lado para otro de la habitación, se detuvo ante el espejo y ordenó su cabello.

Se le ocurrió de pronto que podía bajar al gabinete de lectura y hojear los periódicos ilustrados. En aquella hora estaba siempre vacío.

Se echó sobre la cabeza un chal negro y bajó.

Efectivamente, no había nadie en la salita.

La pequeña habitación repleta de muebles estaba iluminada por una media docena de grandes mecheros de gas que irradiaban una claridad deslumbradora; allí dentro hacía mucho calor y el aire era tan seco que asfixiaba casi.

Bajóse el chal hasta los hombros.

Las blancas hojas que había sobre la mesa, los álbumes con sus grandes letras doradas, los sillones de terciopelo vacíos, los cuadriláteros regulares de la alfombra y los burdos pliegues de las cortinas: ¡parecía todo tan sin vida y tan silencioso en esta luz penetrante!

Soñaba todavía y soñando permanecía en pie y escuchaba el prolongado silbido de los mecheros.

El calor de la sala producía casi una sensación de mareo.

En busca de algo en qué apoyarse dióse cuenta de que sobre una consola arrimada a la pared había un vaso de bronce, grande y pesado, y estrechó con la mano el floreado borde.

¡Le producía tal desahogo estar así y el contacto del bronce frío comunicaba a su mano una tal sensación de bienestar! Pero en tanto que así estaba la penetró algo distinto. Empezó a sentir la bella y plástica actitud en que involuntariamente estaba sumida como un

apaciguamiento para sus miembros y para todo su cuerpo, y la conciencia de lo bien que le sentaba, de la belleza que sobre ella se derramaba en aquel momento y además la sensación física de armonía, todo ello aunóse en un sentimiento de triunfo que inundó su alma de solemne y maravilloso júbilo.

¡Se creía entonces tan potente!, la vida se extendía ante ella como un día inmenso y radiante, no ya como un día que declina hacia las horas quietas y nostálgicas del crepúsculo, sino como un gran espacio de tiempo y de suave claridad que palpita a cada segundo con pulso ardiente y sonoro, con la alegría de la luz, con la energía emprendedora y el afán infatigable, y que encierra en sí mismo un infinito y proyecta un infinito hacia fuera. La riqueza de la vida llenábala de entusiasmo y anhelaba esta vida con el ardor y vértigo de aquel a quien acomete la fiebre de viajar.

Largo tiempo estuvo allí arrebatada por sus pensamientos, por completo olvidada de cuanto había a su alrededor. Oyó luego de súbito, por así decirlo, el silencio de la habitación y el zumbido monótono de los mecheros; entonces dejó que su mano se deslizara del vaso, sentóse y empezó a hojear uno de los álbumes.

Al cabo de algún tiempo percibió pasos de alguien que cruzaba ante la puerta, oyó cómo de nuevo se acercaban y al fin vio entrar a Thorbrøgger.

Cambiaron un par de palabras pero como ella parecía muy ocupada en contemplar los grabados, él a su vez abrió una revista y se puso a mirarla. Muy poco le interesaba, sin embargo, pues cuando al cabo de algún tiempo alzó la vista encontró los ojos de Thorbrøgger fijos en ella con penetrante mirada.

Thorbrøgger parecía a punto de hablar; el nerviosismo y resolución de su boca expresaban de modo tan preciso lo que quería decir, que la señora Fønss sonrojóse e involuntariamente, como para reprimir sus palabras, acercó a Thorbrøgger la revista que miraba, señalándole un grabado que representaba a varios jinetes de las pampas echando a Lasso al suplicio de los toros.

No pudo él menos que sentirse tentado a bromear sobre las infantiles ideas del dibujante que tan poco comprendía el asunto que quiso expresar; hubiera sido seductoramente fácil hablar de esto en comparación con aquello que dominaba todo su ser. Pero resueltamente apartó a un lado la hoja inclinóse un poco sobre la mesa, y dijo:

—¡He pensado tanto en usted desde que nos hemos encontrado, he pensado siempre tanto en usted, lo mismo en Dinamarca que donde luego estuve! Y siempre la he amado. Y aun cuando me parece a veces como si nunca la hubiera querido antes de nuestro encuentro, con todo no es verdad, pues si mi amor es tan grande lo es porque siempre, siempre la he amado. Y si usted quisiera ser mía, ¡ah!, no puede usted imaginarse cuán feliz sería si usted, usted que por tantos años me fue quitada, volviera a mí de nuevo.

Calló un momento, levantóse y se acercó más a ella.

—¡Ah!, diga usted una palabra, ¡por favor! Estoy hablando ante usted como si hablara al cielo; he de hablarle como a un intérprete, lo mismo que a un extraño, el cual ha de repetir mis palabras al corazón a quien yo hablo...; no sé..., allí está y pesa mis palabras... no sé cuán cerca o lejos está de mí... no me atrevo a expresar la adoración que me llena... o ¿puedo hacerlo?

Dejóse caer en una silla a su lado y prosiguió:

—¡Ah, si pudiera hacerlo, no habría de temer nada entonces! ¿De verdad puedo hacerlo?—gritó—. ¡Ah, Dios te bendiga, Paula!

—Desde hoy nada podrá separarnos—dijo ella, con su mano entre las de Thorbrøgger—, venga lo que viniere, tengo también derecho a ser feliz un día y a vivir plenamente según mi naturaleza, tengo derecho a vivir plenamente mis sueños y anhelos. Nunca he renunciado a ser feliz; porque la felicidad no se volvía hacia mí, no creí nunca, sin embargo, que la vida fuera solo fruslería y deber; yo sabía que existe la felicidad.

En silencio besó Thorbrøgger su mano.

—Yo sé—continuó ella entristecida—que los que me juzgan más benignamente no me envidiarán la felicidad de saberme amada por ti, pero dirán también que esto debería bastarme.

—Pero esto no sería nunca bastante para mí, y tú no tendrías derecho a abandonarme de este modo.

—No—replicó ella—, no.

Poco después, subió al aposento de Elinor.

Elinor dormía.

La señora Fønss sentóse en su cama y contempló el pálido rostro de su hija, cuyas facciones podía distinguir solo de modo impreciso a la débil y amarillenta claridad de la lámpara de noche.

Por el amor de Elinor, debían esperar. Dentro de un par de días se separarían de Thorbrøgger, irían a Niza y allá estarían solos; la señora Fønss quería vivir durante todo el invierno dedicada a volver la salud a Elinor.

A la mañana siguiente quería, no obstante, contar a los niños lo que había sucedido y lo que les deparaba el inminente futuro. Para la señora Fønss era de todo punto imposible sospechar cómo sus hijos recibirían la noticia. ¡Haber vivido juntos día tras día y ver de pronto

casi por completo separada de ellos por un tal misterio! Además, habían de tener tiempo para acostumbrarse a la idea, pues la separación tenía forzosamente que producirse; el que ésta fuera grande o pequeña dependía ya de los niños. En cuanto al arreglo de su vida, en lo referente a sus relaciones entre ella y él, lo determinarían por completo ellos mismos. Nada quería pedir. En este punto eran los hijos los que debían otorgar.

Oyó los pasos de Tage en el salón y se dirigió a su encuentro.

Estaba tan radiante y nervioso a la vez, que la señora Fønss pensó al momento que algo había ocurrido y presintió lo que fuera.

Pero él, que buscaba algo así como una preparación para poder desahogar lo que en su corazón hervía, sentóse y habló de una manera distraída sobre el teatro; solo cuando su madre se le acercó y le puso la mano en la frente obligándole a que levantara sus ojos hacia ella, pudo explicar que se había declarado a Ida Kastager y obtenido su consentimiento.

Mucho rato hablaron de esto, pero la señora Fønss sentía a cada paso que sus palabras tenían una cierta frialdad, que no podía vencer, porque temía estar demasiado de acuerdo con Tage a consecuencia de su propia emoción. Y, a parte de esto, no podía soportar que en sus recelosos pensamientos se revelara ni el más leve rastro de conexión entre su afabilidad aquella tarde y lo que había de contar a la mañana siguiente.

Pero Tage no se dio cuenta en absoluto de esta frialdad.

Aquella noche la señora Fønss concilió escasamente el sueño, pues eran demasiado los pensamientos que la atormentaban. Pensaba cuán maravilloso había sido que los dos se hubiesen encontrado y que se amasen de nuevo como en otros tiempos.

Eran, no obstante, lejanos tiempos, especialmente para ella; su juventud había pasado y en modo alguno podía volver. Y habría de hacerse ver lo indulgente que él fuera para con ella, acostumbrándose a la idea de que aquellos tiempos en que tenía dieciocho años quedaban lejos, muy lejos. Aunque en muchos aspectos se sentía realmente joven, no se engañaba, sin embargo, ni un solo momento, sobre su edad. Lo veía muy claro en mil movimientos, aires y ademanes, en la manera como éstos obedecían a una seña, en el modo de sonreír a una réplica; diez veces al día se haría patente en tales casos su falta de juventud, porque le faltaría el valor de aparecer tan joven exteriormente como lo era en su corazón.

En el ir y venir constante de sus pensamientos, una y otra vez surgía la obsesionante pregunta de lo que dirían sus hijos.

Y a la tarde del siguiente día provocó la contestación.

La señora Fønss dijo a Tage y Elinor que debía comunicarles algo importante, algo que llevaría consigo un gran cambio para todos ellos y que les sorprendería mucho, pues no podían esperarlo. Les rogó escucharan sus palabras con el mayor sosiego posible y que no se dejaran llevar por la primera impresión a intemperancia alguna, pues de antemano les decía que lo que iba a contarles era una resolución incontestable y decidida que nada podía alterar.

—Quiero casarme otra vez—les dijo; y a continuación explicó a sus hijos cómo había amado a Thorbrøgger antes de conocer a su padre, cómo fue separada de él y, finalmente, su reciente encuentro.

Elinor lloraba pero Tage había saltado de su silla con el rostro demudado y acercándose a su madre, arrodillóse ante ella y tomó su mano que, sollozando y medio sofocado por la emoción, apretaba contra

su mejilla con ternura indescriptible pero a la vez con una expresión de total desconcierto.

—Madre, querida madre, ¿qué mal te hemos hecho?—exclamó—, ¿no te hemos querido siempre, no hemos pensado siempre en ti como en lo mejor del mundo, lo mismo al estar juntos que cuando estuvimos separados? A nuestro padre lo hemos conocido solo a través de ti y solo por ti aprendimos a amarle, y si Elinor y yo nos sentimos tan a gusto el uno con el otro es solo porque, día tras día, infatigablemente, nos has mostrado a cada uno lo que en el otro era digno de amor; y ¿no ha pasado lo mismo con todas las personas con quienes nos hemos relacionado?, ¿no nos viene todo de ti? ¡Es así en verdad que te adoramos, madre! Si tú supieras... ¡Ah!, tú no puedes imaginar con cuánta frecuencia nuestro amor hubiera podido manifestarse rebasando todos los límites para llegar a ti, pero tú nos enseñaste a contenerlo y no nos atrevemos a acercarnos tanto a ti como nos dictan nuestras ansias. ¿Y dices que quieres alejarte de nosotros y dejarnos por completo a un lado? ¡Pero esto no es posible! ¿Se atrevería nadie, por mucho mal que nos quisiera, a hacernos algo tan espantoso? Pues tú, que solo nos quieres bien, ¿cómo podrías hacer esto? Di enseguida que no es verdad lo que nos dijiste, di: “No es verdad, Tage; no es verdad, Elinor!”

—Tage, Tage, por favor, vuelve en ti—replicó la señora Fønss—, no quieras hacer las cosas tan difíciles para ti mismo y para todos nosotros.

—¿Difícil?—dijo él—. ¿Difícil, difícil? ¡Ah, si no fuera más que difícil; pero es que esto es terrible, es algo contra naturaleza! Es como para volverse loco de pensarlo. ¿No imaginas, de veras, los pensamientos que con tus palabras has despertado en mí? Mi madre entregada a las caricias de un extraño, mi madre deseada, abrazada y abrazando de

nuevo, ¡oh!, pensamientos son esos para un hijo, pensamientos peores que el peor escarnio. Pero esto es imposible, ha de ser imposible, debe serlo, pues, ¿no tendrían las súplicas de un hijo poder bastante para evitarlo? ¡Elinor, no sigas ahí llorando!, acércate y ayúdame a rogar a mamá que tenga piedad de nosotros.

La señora Fønss hizo con la mano un ademán de defensa y dijo:

—Deja en paz a Elinor, que ya tiene bastante con su pena. Os he dicho ya que mi resolución es incontestable.

—Quisiera estar muerta—exclamó Elinor—. Lo que Tage acaba de decir es bien cierto, madre, y no estará bien, ahora ni nunca, que a nuestra edad quieras darnos un padrastro.

—¡Padrastro!—gritó Tage—. No quiero pensar ni por un momento que él se atreva... ¿Estás loca? Donde él ponga los pies, de allá nos iremos nosotros; nada en el mundo podrá obligarme a entablar relación alguna con este hombre. Madre, puedes elegir: ¡o él o nosotros! Si los novios deciden ir a Dinamarca, nos consideraremos desterrados de aquel país; si aquí permanecen, nos iremos nosotros.

—Es éste tu propósito, Tage?—interrogó la señora Fønss.

—Supongo que no vas a dudar de ello; imagínate por un momento lo que sería nuestra vida de familia: Ida y yo estamos sentados en la terraza una noche de luna y de pronto oímos un cuchicheo al otro lado del seto de laureles. ¿Quién hay allí?, pregunta Ida, y yo he de contestarle: “Mi madre y su nuevo marido”. No, no, esto no habría de haberlo dicho, pero ya ves qué impresión produce, la vergüenza que me ha causado; y no menos lo sentiría Elinor, puedes creerlo.

La señora Fønss indicó a sus hijos que salieran y quedó sola.

Es verdad, tenía razón Tage; no se había portado bien con ellos. ¡Ah, cuánto le había separado de sus hijos este breve espacio de tiempo,

hasta qué punto se habían comportado como hijos de su padre y no como hijos suyos, cuán pronto estuvieron dispuestos a abandonarla, no bien se percataron de que el corazón de la madre no les pertenecía ya por completo! Pero, con todo, ella no era únicamente la madre de Tage y Elinor, era por sí misma una personalidad con vida y esperanzas propias, con sentimientos que no tenían conexión con ellos. Pero tal vez no era tan joven como se había creído. Lo había notado durante la conversación tenida con sus hijos. ¿No permaneció con ellos a pesar de sus palabras, no le había casi embargado el sentimiento de que usurpaba los derechos de su juventud y no se habían hecho valer en todo cuanto dijeron el seguro egoísmo de la juventud y su innata tiranía? Nosotros, nosotros tenemos el derecho a amar, la vida nos pertenece, pero la vuestra solo consiste en ser para nosotros.

Empezaba a comprender que en la vejez puede hallarse una cumplida satisfacción; no es que deseara la vejez, pero se le aparecía como algo lejano, extrañamente consolador y amable, después de la agitación de los últimos días y ante la perspectiva de tantas discordias. Pues no creía que pudiera esperarse que sus hijos modificaran la impresión que les había causado su matrimonio; una y otra vez, no obstante, debía hablarles de ello antes de que la esperanza la abandonara. Lo mejor sería que Thorbrøgger marchara enseguida; estando él fuera quizá los niños se volvieran menos susceptibles y entonces ella podría demostrarles cuánto se esforzaba en tratarlos con todas las consideraciones posibles; con el tiempo pasaría la primera amargura, y todo... No, ella no creía que todo pudiera cambiar en sentido favorable.

Después de largas conversaciones accedió Thorbrøgger a irse a Dinamarca para arreglar los papeles respectivos. Interinamente, había

de quedarse allí. Pero con ello no pareció haberse ganado nada. Los niños se apartaban de su madre; Tage estaba siempre con Ida o con el padre de ésta y Elinor debía acompañar siempre a la señora Kastager que aún seguía enferma. Y si alguna vez estaban juntos, ¿qué se había hecho de la antigua confianza y cordialidad?, ¿dónde estaban los mil temas de conversación que antaño les sedujeran?, y si acaso encontraban por fin alguno, ¿no habían perdido ya todo interés fuera por lo que fuera? Sostenían penosamente la conversación cual hombres que por algún tiempo han sentido agrado en la mutua compañía, pero a quienes llegó la hora de separarse de nuevo. Los pensamientos de los que han de irse giran ya alrededor del objeto de su viaje; en cambio, los que se quedan, piensan solamente en que no bien estén fuera los extraños empezarán de nuevo la vida cotidiana con las tareas habituales.

En su vida no existía ya afinidad alguna, todo sentimiento de solidaridad había desaparecido. Hablaban, es cierto, de lo que harían la próxima semana, el mes próximo y aun el otro, pero no les parecía tan importante como si se tratara de los días de sus vidas propias, sino tan solo como de un tiempo de espera que de cualquier modo ha de pasarse, pues en silencio se preguntaban los tres: ¿qué ha de venir luego? Su vida habíase vuelto insegura porque ya no tenía fundamento alguno sobre el que construirla en tanto no se arreglara lo que les había separado; a cada día que pasaba, olvidaban los niños más y más lo que su madre había sido para ellos, de igual modo que los pequeñuelos olvidan innumerables beneficios por una sola injusticia que imaginan se les ha hecho.

Tage era el más sensible de los dos pero también el que más profundamente se sentía ofendido, pues era él el que más había amado. Noches enteras lloró por su madre a la que no tenía fuerza bastante para retener y horas había en que el recuerdo del amor que ella tuviera para

con él parecía sofocar en su alma todos los otros sentimientos. Un día se había acercado a ella y le había rogado e implorado que siguiera perteneciendo únicamente a ellos, a ellos dos y a nadie más, pero recibió como contestación una rotunda negativa. Esta le había endurecido y helado de tal modo que al principio llenóse de angustia, pues sintió en su interior un vacío espantoso.

A Elinor le sucedía algo muy distinto. Cosa extraña, había concebido el propósito de la madre ante todo como un agravio contra el padre difunto y empezaba a sentir una verdadera adoración fetichista para ese padre, del que solo le quedaba un vago recuerdo. Trataba de vivificarlo todo lo posible, preocupándose de cuanto hubiera oído decir de él; asediaba a Kastager y a Tage para que le explicaran de su padre; cada mañana y cada noche besaba el retrato que del mismo llevaba en un medallón y suspiraba de una manera francamente morbosa por ver las cartas que de su padre se guardaban en casa así como los objetos que le habían pertenecido.

En la misma medida con que el padre se agrandaba en ella, disminuía el concepto que de la madre tenía. El hecho de que ésta se hubiera enamorado la rebajaba a sus ojos. La madre no era ya el ser infalible, lleno de inteligencia, el mejor y el más bello; era, ni más ni menos, una mujer como las otras, no del todo, es cierto, pero precisamente por eso podía ser censurada y condenada y en ella podían descubrirse flaquezas y faltas. Elinor se alegraba ahora de no haber confiado a la madre su desventurado amor; pero ella no sabía hasta qué punto había sido un mérito de su madre el que ella hubiera guardado silencio.

Cada día que pasaba, se hacía más insoportable esta vida. Los tres sentían que era inútil ya y que en vez de unirlos los separaba más aún.

Un día, empero, la señora Kastager, que estaba ya repuesta, sostuvo con la señora Fønss una larga conversación. No había presenciado lo acaecido en las últimas semanas, pero estaba en el secreto de todo porque los otros la habían puesto al corriente; la señora Fønss se alegró de que, al fin, tuviera alguien a quien pudiera explicar reposadamente cómo ella imaginaba lo porvenir. En el curso de esta conversación, la señora Kastager le propuso llevarse a Niza a Tage y Elinor; entonces podía avisar a Thorbrøgger para que viniera a Aviñón y casarse con él. El señor Kastager podía perfectamente quedarse y apadrinar la boda.

La señora Fønss titubeaba un poco sobre lo que debiera hacer, pues ignoraba lo que al respecto pensaban los hijos. Cuando les fue comunicado dicho arreglo se encerraron en un silencio altivo y al instarles para que dieran su respuesta, dijeron tan solo que en este asunto se sujetarían, naturalmente, a lo que su madre dispusiera.

Y así se hizo lo que la señora Kastager había propuesto: la señora Fønss despidióse de sus hijos y éstos partieron, vino Thorbrøgger y celebróse la boda.

España fue su patria.

Thorbrøgger eligió este país para dedicarse a la cría de ovejas.

Ninguno de los dos quería volver a Dinamarca.

Y en España llevaron una existencia feliz.

La señora Fønss escribió un par de veces a sus hijos, pero éstos, en la violenta ira que los dominaba porque la madre, como ellos decían, los había abandonado, devolviéronle las cartas. Más tarde se arrepintieron de ello, pero no tuvieron valor suficiente para confesarlo a la madre y escribirle, de modo que llegó a romperse toda relación entre ellos. Indirectamente, sin embargo, tuvieron noticias de sus respectivas vidas.

* * *

Cinco años vivieron juntos y felices Thorbrøgger y su mujer, pero ésta cayó de pronto enferma de una afección consuntiva que rápidamente había de llevarla a la tumba. Sus fuerzas la abandonaban casi de hora en hora y al sentir un día que la muerte no estaba lejos, escribió a Tage y a Elinor.

“¡Queridos hijos!—empezaba—: Yo sé que vais a leer esta carta porque no os llegará sino después de mi muerte. No tengáis miedo, estas líneas no contienen reproche alguno, ¡ah, quisiera tan solo poder expresar en ellas todo el amor que siento por vosotros!

Cuando los hombres se aman, Tage y Elinor, querida Elinor, siempre ha de humillarse el que más ama, y por eso vengo otra vez a vosotros y de pensamiento estaré con vosotros a todas horas mientras me quede un hálito de vida. El que ha de morir, queridos hijos, es muy pobre; yo soy muy pobre, pues me ha de ser quitado ese mundo, ese magnífico mundo que por tantos años fue mi patria llena de bendiciones y bienes; mi silla quedará vacía, la puerta se cerrará tras de mí y mis pies no podrán ya nunca trasponer su umbral. Por eso lo contemplo todo con una súplica en los ojos, por eso me acerco a vosotros y os pido que me améis con todo el amor que en otro tiempo me tuvisteis; pensadlo bien; sobrevivir en el recuerdo de los otros es todo lo que se nos da en este mundo, y de aquí en adelante es esto lo único a que yo puedo aspirar. ¡No ser olvidado! ¡Nada más, nada más!

No he dudado nunca de vuestro amor; yo sabía cuán grande era por la gran ira que engendró en vosotros. Si me hubieseis amado menos me hubierais dejado marchar tranquila. Porque sé cuánto me amáis,

quiero deciros que si un día un hombre encorvado por la pena llegara a vuestra puerta para hablar de mí con vosotros en busca de consuelo, pensad entonces que ningún hombre me ha amado tanto como él y que toda la felicidad que puede derramarse de un corazón humano, la ha vertido el suyo sobre mí. Y pronto, en la última hora, cuando la obscuridad esté cerca, este hombre estrechará mi mano entre las suyas y sus palabras serán las últimas que oiré.

Adiós, he de deciros; pero no es este el último adiós que os envíe, éste quiero decirlo tan tarde como pueda y en él se contendrá todo mi amor y el anhelo de muchos, muchos años, y el recuerdo de aquel tiempo en que erais pequeños, y mil bendiciones y mil veces gracias. ¡Adiós, Tage! ¡Adiós, Elinor! ¡Adiós, hasta el último adiós!

Vuestra madre.